

## ARGENTINA

Ruben PESCI

*Arquitecto. Fundación CEPA*

### El olvido de la res-pública

**E**n la década del ochenta del siglo xx, el socialismo pareció perder puntos en todo el mundo, sobre todo después de la caída del muro de Berlín.

Con ello se dio rienda suelta al vendaval del capitalismo salvaje o, para llamarlo de un modo más decoroso, del neoliberalismo.

Esa década nos arruinó a todos o casi todos alrededor del mundo, y en América Latina castigó duramente a México, Brasil y Argentina.

En los 2000, muchos países quisimos recuperarnos de esas catástrofes y se establecieron gobiernos electos democráticamente, que poco después realizaron una astuta concentración del poder, en muchos casos eliminando las reglas de la república.

La res-pública, origen del vocablo república, significa la custodia de la cosa pública, del patrimonio de todos, del país, del territorio y su sociedad, como invención de los tiempos griegos para poner orden frente a la tendencia a la entropía o desorden del poder individual.

Desde la época romana quedó muy claro el derecho como administración justa de lo privado y lo público. Sin embargo con el avance de la teoría de mercado, todo tiene valor de compra y venta, cuya única regulación son los límites con el delito. Y bien sabemos que también se traspasa ese límite con demasiada frecuencia.

Por eso, en el perfeccionamiento de la república, en especial desde el Contrato Social, de Rousseau, el Estado se encarga de la custodia de lo público a través de los tres poderes: ejecutivo, legislativo y judicial, y de mantener los

límites necesarios para una sana convivencia con los derechos de los privados.

En esta definición de las misiones de la república están contenidos los grandes capítulos de la historia civilizada, como son una buena ciudad, un territorio rural organizado, el patrimonio natural, el cultural (tangible e intangible) y la vida asociada con su gigantesca creatividad y resguardo permanente de su identidad.

Salud, educación y seguridad son los tres campos de actuación genéricamente considerados intocables y por lo tanto valores que un estado republicano debe custodiar, pero no son suficientes si no se incluyen en el accionar del Estado los valores ambientales y culturales, como dos grandes metas de una nueva revolución.

Sobre estos sectores es que actúa esencialmente la república, pues son valores de la sociedad en su conjunto (derechos difusos) y no de ningún propietario individual.

### ¿En qué encrucijada estamos?

Por una parte muchos fanáticos del libertinaje de uno contra todos, prefieren perder la república para garantizar el funcionamiento del mercado.

Pero el mercado no construye ciudad, espacios públicos, patrimonio, ecología, belleza. Todo aquello que no demuestre su rentabilidad en el corto plazo es sospechoso de inútil, algo utópico, cuando no poco serio y hasta bolchevique.

Todo aquello que se demuestre altamente rentable es visto como un príncipe encantado, al cual se le deben otorgar todos los favores, hasta los poco republicanos.

Vale una vez más insistir en que esta crónica enfermedad se aplica también a los sectores de salud y educación, pero donde no hay resguardo suficiente es a su aplicación en el mundo del desarrollo inmobiliario, que se ha adueñado de las políticas de tierras y son los verdaderos diseñadores —mal que nos pese— de nuestra vida en el territorio.

En realidad hemos visto un retroceso en este sentido, y vergonzantemente debemos reconocer que las políticas dictatoriales (en Cuba, España, Argentina) dispusieron medidas de ordenación de la ocupación del territorio urbano y rural más honestas.

Pero precisamente este último argumento se asienta sobre un debate que debe ser planteado, ante la realidad de muchos países de Latinoamérica en estos momentos.

### ¿Estado y república son lo mismo?

Es obvio que no. La república, con sus tres poderes, es la forma que se dio la democracia más madura para funcionar sustentablemente. El poder ejecutivo propone y administra. El poder legislativo convierte las propuestas en legislación para todos, y el poder judicial arbitra las diferencias.

El Estado es la organización que permite hacer funcionar los mecanismos de la república.

Si el Estado se erige en demasiado fuerte, concentrador de poder, puede acelerar las políticas necesarias, pero corre el riesgo de ser demasiado prepotente con la república.

Si la república es serena y sabiamente respetada, le otorga al Estado la confianza y credibilidad necesaria.

Confianza y credibilidad son dos palabras para reflexionar muchísimo en nuestros tiempos, aun en búsqueda de una identidad propia, entre las presiones externas que queremos limitar, y las presiones internas de concentrar prepotentemente el poder.

En definitiva estamos hablando de Maquiavelo con sus enseñanzas de que «el fin justifica los medios». Pero entonces corremos el riesgo de trabajar para el Príncipe, ¿o acaso no es precisamente éste el que recibió el poder concentrado y en muchas ocasiones por designio divino?

No me siento de humor para alagar las políticas del Príncipe. Me percibo a mi mismo, si lo hago, como un obsecuente del poder al mejor estilo anterior a la revolución francesa.

Tampoco quiero aparecer como un ingenuo, frente a la necesidad juvenil —yo diría extremadamente juvenil— de quienes reclaman los fuertes actos paternales para seguir viviendo.

Se trata de robustecer la República antes que al Estado. El Estado es un medio, la República es un fin. Por eso, en las mentadas búsquedas de la sustentabilidad, el tema del ejercicio del poder es central.

¿Cómo hacemos para lograr un crecimiento económico, con inclusión social y cuidado ambiental? El libre albedrío de la competencia de mercado suele desprestigiar tanto la inclusión social como el cuidado ambiental. Las dictaduras, tanto de la economía de estado o del mercado hiper regulado, suelen no generar crecimiento económico, aunque logren una inclusión social quizás demasiado dirigida y un cuidado ambiental tan costoso como difícil de realizar.

Se trata de valorizar la res-pública como un modelo de civilización donde naturaleza y sociedad sean los designios fundamentales.

Estas reflexiones hacen recordar a un relato terrible de Ítalo Calvino sobre su experiencia en un comicio político. Mientras él mismo atiende un comicio, en esa tarea tan necesaria pero tan aburrida, reflexiona sobre el compromiso infinito que exige la función pública, y en ese reflexionar se imagina que quien se elija intendente debe prometer una mano si al final del mandato este se juzga malo. Debe ofrecer un brazo el legislador nacional elegido si no cumple con su juramento. Y debe ofrecer la vida si se trata de un supremo gobernante que finalmente debe salir por la puerta de atrás por la vergonzante tarea cumplida.

Calvino es un humorista, además de haber sido uno de los grandes escritores de la segunda mitad del siglo xx. No tome mi lector al pie de la letra su gigantesca metáfora.

Pero en el pleno ejercicio de la República, y en especial de la Justicia, el imperativo de jugarse a fondo y de verdad sería más fácil de controlar.

No hay sustentabilidad sin gobernanza de la res-pública, de los grandes espacios a proteger, del patrimonio tangible e intangible, de una buena ciudad para todos, de buenas relaciones de vecindad. No hay sustentabilidad en el todos contra todos, ni en el uno que sustituye a todos los demás.

# ITALIA

Federico OLIVA

*Politécnico de Milano*

## El terremoto de L'Aquila de 2009 y la reconstrucción de la ciudad

El terremoto que ha sacudido L'Aquila, el 6 de abril de 2009, capital de la Región de los Abruzos en el centro de Italia, junto a 56 municipios de la zona, ha sido uno de los más desastrosos de la reciente historia sísmica italiana; el temblor con una intensidad de 5,9 en la escala de Richter y que duró 32 segundos, ha matado a 309 personas, destruido gran parte de la ciudad y, en particular, el centro histórico, los centros de las numerosas pedanías y los de los otros municipios. Reflexionar hoy sobre las decisiones tomadas para la reconstrucción, las inmediatamente puestas en marcha con la presión de la emergencia, y las vigentes más meditadas, consiente poner a punto una metodología de las cosas por hacer y de las que no se deben hacer, no solo en Italia, sino también en otras situaciones europeas parecidas como, por ejemplo, la de Lorca en Murcia, dañada gravemente por el terremoto de 2011.

Los daños ocasionados por el terremoto de L'Aquila han sido dramáticos y desastrosos. L'Aquila es una ciudad de 73.000 habitantes (al menos estos eran los residentes el día del terremoto), mientras que los otros municipios de la zona afectada tenían aproximadamente la misma población. Es una ciudad de fundación medieval angevina, una guarnición fundamental para el control del centro de Italia por parte de la corte napolitana. Y precisamente el amplio centro histórico, elemento identificativo principal de la ciudad, pero también sede de todos los servicios públicos y privados de la capital y de la zona, ha sido el más afectado y hoy está todavía completamente cerrado con barreras y no se puede acceder a él, salvo en partes muy limitadas. Más de 33.000 habitan-

tes han tenido que abandonar precipitadamente su propia casa y solo una minoría de ellos ha podido volver a ellas; aún hoy, tres años después del terremoto los que residen fuera de su alojamiento, en diferentes situaciones, son 26.400, igual al 36%, un número que aumenta en 6.500 si se consideran también los otros municipios dañados, pero que además hace comprender como los daños mayores se han producido precisamente en L'Aquila y, en particular, en su centro histórico. L'Aquila posee asimismo una gran Universidad, con más de 19.000 estudiantes matriculados, de los que 6.000 son residentes; las sedes del centro histórico están completamente destruidas, incluida la residencia universitaria, bajo cuyos escombros han muerto más de 30 jóvenes, mientras que las sedes externas, más frecuentadas (ingeniería, medicina), han sufrido solamente daños reparables y nunca han dejado de funcionar, excepto los primeros días del desastre.

La emergencia ha representado la fase más crítica de las actuaciones de reconstrucción. No tanto por la falta de recursos que, por el contrario, han sido bastante relevantes, tanto desde el punto de vista financiero (10,6 millardos de € asignados, de los que se han gastado menos del 40%), como del de la solidaridad por parte de otras administraciones, asociaciones y voluntarios, que ha sido verdaderamente excepcional; mientras que la Protección Civil italiana se ha movido con la habitual eficacia. Sin embargo una decisión ha pesado negativamente más que ninguna otra, impuesta explícitamente por el entonces jefe del Gobierno Berlusconi que, contradiciendo las experiencias positivas de intervención en los últimos e igualmente desastrosos [terremotos] italianos (Friuli 1976, Campania – Nápoles 1980 y Umbria – Marcas 1997), ha querido construir rápidamente alrededor de 5.000 nuevas viviendas